

que fecundar; que producía insomnios á Luis XVI y á Robespierre á un tiempo, á Luis XVI cuyo trono atacaba, á Robespierre cuya guillotina hubiera atacado; que podía decir todas las mañanas al despertarse: ¿qué ruina haré hoy con mi palabra?; que era papa, pues dirigía los espíritus; que era Dios, puesto que dirigía los acontecimientos.

Murió á tiempo. Era una cabeza soberana y sublime. El 91 la coronó. El 93 la habría cortado.

IV

1 Cuando se sigue paso á paso la vida de Mirabeau, desde su nacimiento hasta su muerte, desde la humilde pila bautismal del Bignon hasta el Panteón, se ve que, como todos los hombres de su temple y de su medida, estaba predestinado.

Un niño así no podía menos que ser un grande hombre.

En el momento que vino al mundo, el volumen sobrehumano de su cabeza puso en peligro la vida de su madre. Cuando la vieja monarquía francesa, su segunda madre, echó al mundo su nombradía, también estuvo á punto de morir.

A la edad de cinco años su preceptor Poisson le dijo que *escribiese lo que le pasara por la cabeza*. «El pequeño», como dice su padre, escribió literalmente: «Señor, le ruego que preste atención á su escritura y que no eche borrones en ella; tenga cuidado en lo que se hace; obedecer á su padre, á su maestro, á su madre; no contrariar á nadie; seguir la línea recta, sobre todo el honor. No ataquéis á nadie, á menos que os ataquen. *Defended vuestra patria*. No seáis malo con los criados. No os familiaricéis

con ellos. Ocultad los defectos del prójimo, pues eso puede pasarle á uno mismo» (1).

A los once años, el duque de Nivernois escribía de él al baile de Mirabeau, en una carta fechada en San Maur el 11 de septiembre de 1760: «El otro día, en las carreras á pie que se hacen en mi casa, ganó el premio, que consistía en un sombrero, volvióse hacia un adolescente que llevaba una gorra, y poniéndole el suyo en la cabeza, que todavía era muy bueno; le dijo: *Toma, yo no tengo dos cabezas*. Entonces ese joven me pareció el emperador del mundo; de su actitud se desprendía rápidamente algo divino; me hizo soñar y llorar, y fué una buena lección para mí.»

A los doce años, su padre decía de él: «Es un corazón independiente bajo la chaqueta de un niño. Tiene un raro instinto de orgullo, pero noble, sin embargo. Es un embrión de matamoros agitado, que quiere comerse á todo el mundo antes de tener doce años» (2).

A los diez y seis años, tenía una cara tan atrevida y altiva que, al preguntarle el príncipe de Conti: *¿Qué harías si te diese una bofetada?*, le contestó: *Esa era una pregunta difícil antes de la invención de las pistolas de dos cañones*.

A los veintiún años (1770), empezaba á escribir una historia de Córcega en el momento en que alguien acababa de nacer allí (3). ¡Singular instinto de los grandes hombres!

En esta misma época su padre, que le contenía severamente, hacía sobre él este extraño pronóstico: *Es una botella tapada y alambrada desde hace vein-*

(1) Este singular documento está textualmente citado en una carta inédita del marqués al baile de Mirabeau, del 9 de diciembre de 1754.

(2) Carta inédita á la señora condesa de Rochefort de 29 de noviembre de 1761.

(3) 15 agosto 1769.

tiún años. Si alguna vez se la destapa sin precaución, todo se verterá.

A veintidós años le presentan en la corte. Madama Isabel, que tenía entonces seis años, le preguntó si había sido inoculado. Toda la corte se ríe. No, no había sido inoculado. Llevaba en sí el germen de un contagio, que más tarde debía extenderse á todo un pueblo.

En la corte se produjo con un gran aplomo, llevando la frente alta como el rey, extraño para todos, odioso para muchos. *Es él tan familiar como yo era huraño*, decía el padre, que nunca había querido *enversallarse*, «pájaro rudo, cuyo nido había estado siempre entre cuatro torres». — «Maneja los grandes como faginas. Tiene *ese terrible don de la familiaridad*, como decía Gregorio el Grande». Y, además, decía el viejo y orgulloso hidalgo: «Como desde hace quinientos años han soportado siempre Mirabeau que no eran como los demás, también sufrirán éstos».

A los veinticuatro años, el padre, filósofo agrícola, quiere tener el hijo á su lado «y hacerle rural». No puede lograrlo. «Es muy difícil manejar la boca de este animal fogoso», exclamaba el anciano.

El tío, el baile, examina friamente al joven y dice: «Si no es peor que Nerón, será mejor que Marco Aurelio».

Después de todo, dejemos madurar este fruto verde.

El padre y el tío estaban en correspondencia sobre el porvenir del joven, tan adelantado ya en la mala vida. El padre decía: *Tu sobrino, el Huracán*. El tío contestaba: *Tu hijo, el señor conde de la Borrasca*.

El baile, marino viejo, exclama: *En su cabeza hay los treinta y dos vientos de la brújula*.

A los treinta años, el *fruto madura*. Ya empiezan las novedades á relucir en el ojo profundo de Mira-

beau. Se ve que está lleno de pensamientos. *Ese cerebro es un horno lleno*, dice el prudente baile. En otro momento, el tío escribe esta observación de hombre espantado: «Cuando pasa algo por su cabeza, avanza la frente, y ya no mira á ninguna parte».

Por su parte, el padre se extraña de esa *confusión de ideas incoherentes que aparecen con intermitencia*. Y exclama: «¡Cabeza desordenada, biblioteca revuelta, talento superficial, ha aspirado todas las fórmulas, y no sabe nada substancial!» No comprendiendo ya á esa criatura, añade: «En su infancia no era más que un macho monstruoso moral y físicamente». Hoy, es un hombre *de reflejo y reverberación*, un loco empujado á la derecha por el corazón y á la izquierda por la cabeza, que la tiene siempre á cuatro pasos de él. El anciano añade después con una sonrisa melancólica y resignada: «Procuró derramar sobre ese hombre mi cabeza, mi alma y mi corazón». Lo mismo que el tío, en ciertos momentos tiene sus presentimientos, sus terrores, sus ansiedades, sus dudas. Siente todo lo que se mueve en la cabeza de su hijo, *como la raíz siente el movimiento de las hojas*.

Eso es Mirabeau á los treinta años. Era hijo de un padre que se había definido á sí mismo, de este modo: «Y yo también, señora, tan tosco y pesado como me veis, predicaba á los tres años; á los seis, era un prodigio; á los doce, una esperanza; á los veinte, un brulote; á los treinta, un político teórico; á los cuarenta, ya no soy más que un buen hombre.»

A los cuarenta años, Mirabeau es un grande hombre.

A los cuarenta años, es el hombre de una revolución.

A los cuarenta años, en Francia se declaraba al rededor de él una de esas formidables anarquías de

ideas en que se funden las sociedades, cuyo tiempo pasó ya. Mirabeau es su déspota.

Él fué quien, silencioso hasta entonces, gritó el 23 de junio de 1789 á M. de Brezè: *Idos á decir á VUESTRO AMO... ¡Vuestro amo!* es el rey de Francia declarado extranjero. Es toda una frontera trazada entre el trono y el pueblo. Es la revolución que deja escapar su grito. Nadie lo hubiese osado antes que Mirabeau. Sólo los grandes hombres pueden pronunciar las palabras decisivas de las épocas.

Más tarde, se insultará á Luis XVI más gravemente en apariencia, se le derribará, se burlarán de él en su prisión, le escarnecerán en el cadalso. La República, con gorro encarnado, se pondrá en jarras, y le dirá palabras gruesas y le llamará *Luis Capeto*. Pero nada de lo que se le diga á Luis XVI será tan temible y de tanto efecto como esta palabra fatal de Mirabeau. *Luis Capeto*, es darle en la cara á la realeza; *vuestro amo*, es darle en el corazón.

Así es que, á partir de esta fecha, Mirabeau es el amo del país, el hombre del gran motín social, el hombre necesario al final de ese siglo. Popular sin ser plebeyo, cosa rara en tiempos como esos. Su vida privada es reabsorbida por su vida pública. Honorato de Riquetti, ese hombre perdido, es en adelante ilustre, escuchado y considerable. El amor del pueblo es una coraza contra los sarcasmos de sus enemigos. Su persona es la más iluminada de cuantas la muchedumbre mira. Cuando atraviesa una calle, las gentes que pasan se paran; y durante los dos años que llena con su poder, en todas las esquinas de París está su nombre, que los niños del pueblo escriben sin faltas, mientras ochenta años antes, Saint-Simón, con su desdén de duque y de par, escribía *Mirabaut*, sin pensar que un día Mirabaut sería *Mirabeau*.

En la vida de ciertos hombres hay paralelismos

bien notables. Cromwell, todavía obscuro, desesperando de su porvenir en Inglaterra, quiere marcharse á Jamaica; los reglamentos de Carlos I se lo impiden. El padre de Mirabeau, no viendo posible la existencia de su hijo en Francia, quiere enviarle á las colonias holandesas; una orden del rey se opone. Quitad, pues, á Cromwell de la revolución de Inglaterra, quitad á Mirabeau de la revolución de Francia, tal vez quitaréis de las dos revoluciones dos cadalsos. ¿Quién sabe si Jamaica habría salvado á Carlos I y Batavia á Luis XVI?

Pero no, el rey de Inglaterra quiere guardar á Cromwell; el rey de Francia es quien quiere guardar á Mirabeau. Cuando un rey está condenado á muerte, la Providencia le venda los ojos.

¡Qué cosa más rara, que lo más grande que hay en la historia de una sociedad, dependa con tanta frecuencia de lo más pequeño en la vida de un hombre!

La primera parte de la vida de Mirabeau está ocupada por Sofía, la segunda por la revolución. Una tempestad doméstica, después una tempestad política, eso es Mirabeau. Cuando se examina de cerca su destino, uno se da cuenta de lo que hubo en él de fatal y necesario. Las desviaciones de su corazón se explican por las desviaciones de su vida.

Mirad. Jamás han estado tan enlazadas las causas con los efectos. La casualidad le da un padre que le enseña el desprecio de su madre; una madre que le enseña el odio á su padre; un preceptor, Poisson, á quien no gustan los niños, y es duro con él porque es pequeño y feo; un criado, Grévin, el cobarde espía de sus enemigos; un coronel, el marqués de Lambert, que es tan implacable con el joven como Poisson con el niño; una madrastra (no casada), madama de Pailly, que le aborrece porque no es suyo; una mujer, la

señorita de Marignac, que le repudia; una casta, la nobleza, que le reniega; unos jueces, el parlamento de Besançon, que le condenan á muerte; un rey, Luis XVI, que lo mete en la Bastilla. Así, padre, madre, mujer, su preceptor, su coronel, la magistratura, la nobleza, el rey, es decir, todo lo que rodea y codea la existencia de un hombre en el orden legítimo y natural, todo es para él impedimento, obstáculo, ocasión de caída y de contusión, piedra dura en sus pies descalzos, abrojos y espinas que le desgarran á su paso. La familia y la sociedad juntas son para él madrestras. Sólo encuentra dos cosas en la vida que le tratan bien y que le quieren, dos cosas irregulares y rebeladas contra el orden, una querida y una revolución.

No os extrañéis, pues, que por la querida rompa todos los lazos domésticos, que por la revolución rompa todos los lazos sociales.

No os extrañéis, para resolver la cuestión en los términos que la hemos planteado al principiar, que ese demonio de una familia sea el ídolo de una mujer en rebelión contra su marido, y el dios de una nación en divorcio con su rey.

V

El dolor que causó la muerte de Mirabeau, fué un dolor general, universal, nacional. Se sentía que acababa de marcharse con esa alma, alguna cosa del pensamiento público. Pero un hecho sorprendente, y que es preciso decirlo, porque sería una ingenuidad atribuído á la admiración arrebatada é irreflexiva de los contemporáneos, es que la corte llevó luto como el pueblo.

Un sentimiento de pudor insuperable nos impide sondear aquí ciertos misterios, partes vergonzosas del grande hombre, que por otra parte, para nosotros, se pierden felizmente en las colosales proporciones del conjunto; pero parece demostrado que en los últimos tiempos de su vida la corte afirmaba tener algunas razones para esperar en él. Es un hecho patente que en esa época Mirabeau resistió más de una vez al empuje revolucionario; que en ciertos momentos manifestó el deseo de hacer alto y dejarse alcanzar; que él que tenía tanto aliento no siguió sin cansancio la marcha cada vez más acelerada de las ideas nuevas, y ensayó en algunas ocasiones tener á raya esa revolución cuyas ruedas había forjado.

¡Ruedas fatales que al pasar aplastaban tantas cosas venerables!

Hay todavía hoy muchas personas que creen que si Mirabeau hubiese tenido una vida más larga, habría acabado por dar fin al movimiento que había desencadenado. En su sentir, la revolución francesa podía haber sido detenida verdaderamente por un solo hombre, Mirabeau. Según esta opinión, autorizada por una palabra que evidentemente Mirabeau al morir no ha pronunciado (1), muerto Mirabeau, la monarquía estaba perdida; si Mirabeau hubiese vivido, Luis XVI no habría muerto; y el 2 de abril de 1791, ha engendrado el 21 de enero de 1793.

Para nosotros, los que entonces tenían esta persuasión, los que la han tenido hoy, el mismo Mirabeau, si creía posible eso de él, todos se han equivocado. ¡Pura ilusión óptica de Mirabeau como de los otros, y que probaría que un grande hombre no siempre tiene una idea clara del poderío que está en él!

(1) *Llevo el luto de la monarquía. Después de mí los facciosos se disputarán los fragmentos.* Cabanis ha creído oír esto.

La revolución francesa no era un hecho simple. Había en ella algo más que Mirabeau.

No bastaba que Mirabeau quisiese para concluir con ella.

La revolución francesa correspondía al pasado y tenía contacto con el porvenir. Mirabeau no era más que el presente.

Para no indicar aquí más que dos puntos culminantes, la revolución francesa se complicaba de Richelieu en el pasado y de Bonaparte en el porvenir.

Lo particular de las revoluciones es que cuando están en gestación no se las puede matar.

Además, aún suponiendo la cuestión menos complicada de lo que es, hay que observar que, en las cosas políticas sobre todo, lo que un hombre ha hecho casi nunca puede deshacerse sino por otro hombre.

El Mirabeau de 91 era impotente contra el Mirabeau del 89. Su obra era más fuerte que él.

Y además, los hombres como Mirabeau no son la cerradura con la cual se puede cerrar la puerta de las revoluciones. No son más que el gozne sobre que giran, para cerrarse, como para abrirse, ciertamente. Para cerrar esa puerta fatal, sobre cuyos tableros ejercen su esfuerzo en el acto todas las ideas, todos los intereses, todas las pasiones comprimidas en la sociedad, hay que poner en los herrajes una espada á guisa de cerrojo.

VI

Hemos ensayado caracterizar lo que ha sido Mirabeau en la familia, después lo que ha sido en la nación. Réstanos examinar lo que será en la posteridad.

Por más reproches que justamente hayan podi-

do hacérsele, creemos que Mirabeau permanecerá grande.

Ante la posteridad, todo hombre y toda cosa se absuelve por su grandeza.

Hoy que casi todas las cosas que ha sembrado, han dado los frutos que hemos probado, la mayor parte buenos y sanos, algunos amargos; hoy que lo alto y lo bajo de su vida no ofrecen á la vista ninguna diversidad, los años que pasan ponen á todos hombres en perspectiva; hoy que su genio no produce admiración ni execración, y que ese hombre, furiosamente agitado mientras vivió, de un extremo á otro, ha tomado la actitud tranquila y serena que la muerte da á las grandes figuras históricas; hoy que su memoria, tanto tiempo arrastrada por el lodo y besada en los altares, ha sido retirada del panteón de Voltaire y de la cloaca de Marat, podemos decirlo fría-mente: Mirabeau es grande. Le ha quedado el olor del panteón, pero no el de la cloaca. La imparcialidad histórica, lavando en el arroyo su cabellera manchada, no le ha quitado su aureola. Se ha lavado el lodo de esa cara y continúa irradiando.

Después de haberse dado cuenta del inmenso resultado político que el conjunto de sus facultades ha producido, se puede considerar á Mirabeau, bajo un doble aspecto, como escritor y como orador. Nos tomamos aquí la libertad de disentir de la opinión de Rivarol; creemos á Mirabeau más grande como orador que como escritor.

Su padre, el marqués de Mirabeau, tenía dos especies de estilo, y como dos plumas en su escritorio. Cuando escribió un libro, un buen libro para el público, para el efecto, para la corte, para la Bastilla, para la gran escalinata del Palacio de Justicia, el digno señor se envolvía, se hacía rígido, se hinchaba, cubría su pensamiento, ya muy obscuro de por sí, con todas